

# MISCELANEA

## A LOS HEROES NAVALES DEL 21 DE MAYO\*

La ciudadanía y las Fuerzas Armadas de Chile se reúnen hoy, una vez más, en torno a este Altar de la Patria para recordar y rendir emocionado homenaje a los Héroes Navales de Iquique y Punta Gruesa.

El año 1879, Chile se vio enfrentado a una guerra que no buscó y debió encararla decididamente.

La guerra, el más apremiante desafío a que puede verse enfrentada una nación, obliga a aunar esfuerzos y recoger voluntades, pero más que nada obliga a un vuelco supremo material y anímico, si se quiere sobrevivir y vencer.

En el tranquilo acontecer de la época, la guerra declarada por nuestro gobierno, como último recurso frente a la agresión y en defensa de sus legítimos derechos, no llegó a alterar la placidez semicolonial del ciudadano medio que se paseaba por las pueblerinas calles de Santiago.

Ese 21 de mayo de 1879 se dieron cita en Iquique los hombres y buques que más gloria y lustre han dado a la Armada de Chile y a la patria.

Los buques chilenos *Esmeralda* y *Covadonga*, al mando del Capitán de Fragata Arturo Prat Chacón y Capitán de Corbeta Carlos Condell De la Haza, respectivamente, se inscribieron ese día en la lista de honor de la historia.

Nadie en Chile podía suponer que esos dos barcos —casi piezas de museo— serían capaces de batirse con un enemigo materialmente muy superior, pero que era ignorante del valor, audacia y capacidad de nuestros hombres.

El Capitán de Fragata Arturo Prat, comandante del bloqueo chileno a Iquique, presentía que el enfrentamiento con el enemigo era inevitable y tomó las providencias del caso para combatir en la mejor forma posible considerando las limitaciones de sus buques.

Era Prat un hombre metódico y sereno que ya había dado muestras de valor e intrepidez durante su carrera, pero por sobre todo se destacaba por su sentido del cumplimiento del deber, inculcado desde su nacimiento en la adusta casa solariega de la Hacienda de San Agustín de Puñal. De ahí en adelante su vida se moldeó bajo la enseñanza de padres pertenecientes a aquellas antiguas familias que tuvieron a Dios como guía de sus vidas, dieron origen a nuestra nacionalidad y educaron a sus hijos bajo sólidos principios en un ambiente de austeridad, acorde con la dignidad y nobleza de la vieja estirpe a que pertenecían.

Esta característica se acentuaría con su ingreso a la Escuela Naval, instituto en el que los valores patrios se cimentan sobre principios morales permanentes. Desde ese momento hasta su inmolación en Iquique es un modelo de virtudes, las que practicó intensamente durante su vida, ayudando a sus semejantes, siendo un esposo y padre ejemplar y un distinguido Oficial de Marina.

Su arenga inmortal, que siempre nos hace vibrar el corazón, es la expresión oral de la solidez de sus principios y de la grandeza de su espíritu que logró por medio de su acción heroica hacer

---

\* Discurso pronunciado por el Sr. Comandante en Jefe de la Primera Zona Naval, Vicealmirante don Fernando Navajas Irigoyen, el 21 de mayo de 1989, en el Monumento a los Héroes de Iquique, en presencia de S.E. el Presidente de la República, Capitán General don Augusto Pinochet Ugarte, del Sr. Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don José Toribio Merino Castro, y de otras altas autoridades nacionales y extranjeras.

reaccionar a la patria con energía y unidad, característica típica de nuestra raza que se manifiesta en toda su magnitud cuando se hieren sus más caros sentimientos.

Hay en esta arenga elementos que son inherentes al alma nacional y a la tradición de la Armada de Chile.

En primer término está la resolución de luchar hasta la muerte, cualidad heredada de nuestros antepasados. En segundo lugar, se expresa en toda su amplitud la autoridad del comandante y la responsabilidad que lleva implícita. Por último, se indica con claridad que la cadena de mando continúa aun muerto el jefe, característica de cualquiera institución militar, pero muy en particular de nuestra Armada.

La decisión de no arriar la bandera corresponde a nuestras más caras tradiciones y en la actual Ordenanza de la Armada, en su artículo 189, leemos que también se establece lo siguiente: "El Pabellón Nacional jamás se arriará ante el enemigo." Ello significa que la palabra rendición no existe en nuestro código de conducta y que una vez empeñado el combate se vence o se muere, que fue exactamente lo que cumplió Arturo Prat. Esto hace que la Armada de Chile y nuestras Fuerzas Armadas sean diferentes.

Es precisamente esa diferencia la que hizo posible el Combate Naval de Iquique en el mar y el de La Concepción en tierra y todos los actos heroicos y de sacrificio increíbles que realizaron nuestros hombres de armas en las guerras en que nos vimos envueltos a través de nuestra historia.

Es en esta diferencia en la que deben pensar y meditar seriamente aquellos que hoy quieren destruir a nuestra patria y que han tomado como blanco prioritario a las Fuerzas Armadas, únicas capaces de detener la avalancha de teorías esclavizantes que desean cambiar la faz de la patria y corromper su alma.

Cada vez que por sus descarriadas mentes pasen tales ideas, recuerden este monumento, recuerden que nuestra institución, junto a las otras Fuerzas Armadas y de Orden, cumplirán con el deber que le señalan la Constitución y las leyes. Recuerden que no hay rendición y que tampoco nos vencerán.

Hemos jurado ante Dios y la Bandera de la Patria defenderla de sus enemigos, vengan estos de donde vengan, y lo haremos sin titubeos y con la misma determinación que mostraron nuestros héroes navales.

Lejos de diluirse en el tiempo y desdibujarse en recuerdos descoloridos, como tantos hechos del pasado ya remotos, el Combate Naval de Iquique es siempre recuerdo imperecedero y conmemorarlo es una vivencia última y elocuente que nos habla con voz profunda de los valores de una raza y del espíritu de un pueblo. Esta acción representa para la Armada y para Chile fuente permanente de inspiración, porque significa voluntad de ser a nuestro modo y no del que otros quisieran y nos indica que somos una Armada profesional y capaz, que somos un pueblo con raíces.

Pero si Prat cumplió con su deber, también es digna de admiración la forma en que sus hombres acataron la consigna cayendo uno a uno, sin dar ni pedir cuartel. Recordemos hoy a todos y cada uno de ellos, pero especialmente a los que más se distinguieron: como el Sargento Juan de Dios Aldea; el Teniente Ignacio Serrano, que encabeza el segundo abordaje; a los 37 hombres de máquinas que no abandonaron sus puestos a pesar que el buque se hundía bajo sus pies, hasta que fueron barridos por una granada de grueso calibre; al corneta Gaspar Cabrales, niño de 13 años que no cesa de tocar zafarrancho siendo también arrasado por una granada que lo pulveriza; al Cabo de Marina Crispín Reyes, que recoge el instrumento y continúa tocando a degüello y que también cae con sus piernas arrebataadas por la metralla; al Marinero Pantaleón Cortés, que reemplaza a los anteriores animando con su toque hasta el final a los pocos combatientes que aún sobrevivían. Por último, al Guardiamarina Ernesto Riquelme, disparando el último cañón disponible mientras el buque se hundía con el tricolor flameando en el pico del mesana. No olvidemos a Carlos Condell, que con la *Covadonga* ejecutó con audacia y sangre fría la orden de su comandante, logrando la pérdida definitiva de su perseguidor, la fragata blindada *Independencia*.

Condell y su buque tuvieron más suerte que la *Esmeralda*, pero cada uno de ellos estaba llamado por la Providencia a cumplir un papel diferente. Por eso Iquique y Punta Gruesa, Prat y Condell pertenecen a un todo indivisible que con justa razón se llama las Glorias Navales de Chile, porque como dije al principio son los hombres que se perpetuaron en la historia como símbolos del honor de un país que no conoce derrotas ni claudicaciones.

El sacrificio de Prat tiene significación porque Chile tenía historia, porque ese sacrificio fue solidario con los muchos hombres y mujeres que antes que él también ofrendaron sus vidas para construir este país y darle un sentido trascendente.

Los chilenos estamos orgullosos de nuestras epopeyas, porque son patrimonio de todos sus

habitantes; por eso vemos con preocupación y desconfianza a ciertos seudohistoriadores que con una visión marxista de la historia o guiados por conveniencias de política contingente, hoy día tratan de descalificar acciones brillantes como las que estamos recordando, con el afán exclusivo de desprestigiar a las Fuerzas Armadas y disociarlas del resto de la ciudadanía, creando confusión en la mente de aquellos menos ilustrados. Estas personas se han permitido poner en duda o restar importancia a episodios bélicos que su intelecto no les permite comprender, puesto que carecen de la formación científica y moral indispensable. Vaya para ellos nuestro repudio, diciéndoles que la patria no los necesita.

Hace más de un siglo que —gracias a Dios— no nos hemos enfrentado a una guerra, pero el servicio en la Armada no es una profesión fácil ni exenta de riesgos y peligros y así podemos decir que durante situaciones difíciles vividas por nuestros buques en diferentes épocas y ocasiones, este mismo espíritu se ha hecho presente permitiendo salvar y recuperar unidades valiosas que tal vez en manos menos diestras y menos compenetradas del cumplimiento del deber hubieran significado su pérdida.

Ese es el legado de la acción Naval de Iquique y es por tal razón que la recordamos. En aquella ocasión se perdió un buque, pero se encendió la antorcha que ilumina y guiará a la Armada y a Chile hasta el fin de los siglos.

Ahora estamos enfrentados a otra guerra. Esta es la guerra subversiva, sutil, psicológica, que penetra la mente de la sociedad para cambiar nuestros valores tradicionales por los antivalores; aquella que pretende reemplazar la cruz y la espada, símbolos de la fe, la justicia y el honor, por la hoz y el martillo, que representan a la más brutal de las tiranías. Esta forma de guerra desea cambiar nuestra civilización cristiana por una forma de vida inferior, materialista y atea. En esta lucha invisible y sin estruendo de cañón van cayendo día a día personas con mente y espíritu débiles que pasan a ingresar las filas de la antipatria y es por ello que estamos atentos y vigilantes, pues nuestro deber también es luchar con todas nuestras fuerzas e intelecto contra estos enemigos que desean la destrucción de la nación como tal.

La Armada es una institución fundamental para el país no sólo por su importancia estratégica, sino que es la llamada a orientar la mente y conciencia de nuestros ciudadanos para que vean en el mar una fuente de progreso y bienestar. Esta tarea la ha asumido con absoluta responsabilidad y desde hace largos años ha inculcado a nuestros compatriotas la importancia que tiene el mar en el devenir nacional.

Fruto de este empeño es la intensa actividad marítima que hoy se desarrolla en nuestro país; pero ello no es suficiente. Es imperativo que esta raza se convenza que su desarrollo futuro está en el mar y que sin el mar no tiene destino. Esto adquiere mayor relevancia cuando tenemos a nuestros pies el océano del futuro, el océano mayor del mundo, que sólo requiere trabajo, inteligencia y conocimiento para ir en su conquista; ese océano que no entiende de palabras ni de buenos deseos, pero que es generoso con los hombres de acción, capaces de comprenderlo y explotarlo racionalmente.

Con el empuje y solidez de su legado histórico, la institución ha sido un permanente factor de disuasión y gracias a su preparación y capacidad profesional se ha ganado un alto prestigio y ha brindado seguridad permanente a nuestro país.

Son estos valores y principios los que emergen poderosos y bullentes cuando el alma nacional es amenazada; son estos valores los que nos han impulsado y nos impulsan a entregar a Chile lo mejor de nosotros, sin esperar recompensa; son estas virtudes guardadas celosamente las que nos hacen ser servidores de la nación y no funcionarios.

Arturo Prat, luz y guía de la Armada: en la solemnidad de este momento, los marinos de Chile renovamos hoy nuestro juramento de servicio a la patria, garantizando así que continuaremos siendo un baluarte de nuestra soberanía y libertad, enfrentando con firmeza y resolución a aquellos que desean sojuzgarnos, animados por el espíritu que heredamos de los Héroes de Iquique y Punta Gruesa.

En esta fecha gloriosa elevemos nuestras oraciones a Dios para dar gracias por haber nacido en esta tierra de océano, para que bendiga a Chile y a su Armada, para que el legado de Prat, Condell y sus hombres, en toda su dimensión heroica y humana, nos hagan solidarios con Chile; para que todos sus habitantes, aunando esfuerzos y voluntades, sigamos construyendo nuestro destino de gran nación.

\* \* \*